

El «eurocomunismo» de Santiago Carrillo y la «revolución democrática y nacional» de Álvaro Cunhal: la política de los partidos comunistas en el final de las dictaduras en la Península Ibérica, 1974-1978

Raquel Varela
ISCTE, Universidad de Lisboa

«El segmento humano con el que habrá mayor dificultad para explicar la transición no serán los resentidos, ni los envidiosos, ni los perdedores, ni los violentos, ni los extranjeros. Serán los niños. No es fácil hacer pedagogía con la transición. Primero habrá que explicarles los personajes, luego las situaciones y, por fin, el resultado. Corremos el riesgo de que el no lo entiendan el se ofendan. Se necesita edad para comprender la transición. Lo idóneo es la ancianidad porque permite ese bello tono distante que empieza siempre diciendo '... si yo te contara...!'.»

Gregorio Morán, *El Precio de la Transición*

«Portugal es España»

«De hecho en Portugal la dictadura de Salazar ha caído bajo la acción de algo que se asemeja mucho al pacto para la libertad que nosotros preconizamos para liquidar la dictadura fascista en España: la convergencia, en un momento dado, entre el movimiento obrero y popular y los grupos neocapitalistas (...)»¹. La declaración es de Santiago Carrillo, principal dirigente comunista de España –un país que vivía bajo la más grande movilización de masas desde la guerra civil. El líder comunista defiende aún en esta entrevista a Radio España Independiente la inmensa repercusión de los acontecimientos portugueses en su país; habla de Portugal como el país que enseña al país vecino como resolver su «problema nacional» y aún del extraordinario ejemplo del secretario-general del PCP, Álvaro Cunhal.

La historiografía ibérica ha desvalorizado el impacto de la revolución portuguesa (1974-75) en el final de la dictadura franquista (1974-78). De hecho, hoy la producción académica en Europa sobre el fin de las dictaduras tiene como tema central el estudio de las «transiciones a la democracia» y es llevada a cabo sobretodo por politólogos y sociólogos políticos.

La visión predominante es orientada, incluso entre los historiadores, por los trabajos de Samuel Lipset (1959) –que ha sistematizado la teoría de la modernización, según la cual el desarrollo económico acaba por acarrear la democratización; y por Juan Linz (1996), el principal teórico del «autoritarismo» y del estudio de las élites– la llave para la explicación de los cambios de régimen estaría en el acuerdo que se establece entre las élites.

Manuel Redero San Román, un reputado historiador de la transición española, asume la defensa de este abordaje del final de las dictaduras y lo conecta, sin prejuicios, con la exaltación de la democracia como «fin de la historia», teoría que se ha popularizado en el decenio de los 90 del siglo XX, con la caída del Muro de Berlín: «Por todas partes la democracia emerge como valor político supremo (...). En este contexto de desarrollo de la democracia en muchos países del globo, las ciencias sociales han sido sensibles a los nuevos signos de los tiempos. La investigación sobre los

¹ *Mundo Obrero*, 8 de Mayo de 1974, p.1.

regímenes dictatoriales y los movimientos revolucionarios, muy abundante en las décadas de 1960 y 1970, ha dejado paso a partir de entonces al estudio preferente de la democracia y de los problemas que plantean los procesos de transición y consolidación democráticas.» (San Román, 1994: 5).

Por supuesto el paradigma base de estos estudios es España. Portugal jamás podría encajar en este esquema. La dictadura de Salazar cayó el 25 de Abril de 1974 a manos de un golpe de oficiales de las fuerzas armadas que recusaban proseguir la guerra. Inmediatamente, y contra el llamado de los militares que han dirigido el golpe, ha empezado un proceso revolucionario.

La revolución portuguesa, a pesar de darse en un país semiperiférico, se tornó, por una combinación de factores, el movimiento social más radicalizado de Europa de la posguerra (Arcary, 2004). ¿Debido a qué factores? La combinación de la lucha anti-colonial con la revolución en la metrópolis, y viceversa, el impacto de la revolución en la lucha por la independencia; el efecto que tuvo la guerra en la jerarquía militar; y el carácter social de la revolución – las tareas «reformistas», en el sentido clásico del término (nacionalizaciones, reforma agraria, mejoría de salarios), han ganado una dimensión revolucionaria porque han sido conquistadas contra la burguesía, con métodos propios del movimiento obrero (huelgas, ocupaciones de tierras y fábricas) y, en muchos casos, por medio de organismos autónomos de trabajadores, de asalariados agrícolas y, en algún momento, de soldados.

Pero España tampoco corresponde al paradigma de la «transición pacífica». España ha vivido en aquellos años una situación prerevolucionaria. No por casualidad los años de 1969 a 1975 son conocidos como los años de la «descomposición del franquismo».

En enero de 1969, por primera vez desde la guerra civil de España, Franco ha decretado, por tres meses, el estado de sitio. La policía vigila todas las facultades donde los estudiantes se habían manifestado por miles. En Barcelona los estudiantes han tirado por la ventana de la rectoría el busto de Franco. La policía está presente en decenas de clases por día (dentro de las salas) y detiene a más de dos centenares de opositores. En 1971 hay en España más de 1,2 millones de huelguistas. En 1971 se han registrado 616 conflictos de trabajo, en 1974 son 2290, en 1976, 40 179. (Muñoz, 2000: 96).

Cuando de la revolución portuguesa, la situación social en España ya se parece a un barril de pólvora a punto de explotar y es la revolución portuguesa y el miedo a su «contagio» que determinan que las «élites», o sea, la clase dominante, propongan al PCE y al PSOE un pacto que, en cambio de la democratización, contenga el movimiento social.

¿Cómo se mide esta influencia de la revolución portuguesa?

Meses después del 25 de abril de 1974, en marzo de 1975, el PSOE, en España, es legitimado: todavía ilegal, pasa a poder usar sus símbolos y banderas en las calles (Cervelló, 1993: 376); la primera vez que el gobierno español usa un ordenador es en 1975 para elaborar una base de datos de todos los militares de la UMD (Unión Militar Democrática) – un grupo de oficiales y suboficiales del Ejército, cerca de 200, con pequeñas ramificaciones en la Guardia Civil – que se había organizado con un programa inspirado directamente en el programa del Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA), el movimiento de oficiales intermedios que había dado el golpe contra la dictadura de Salazar; en la secuencia del golpe del 11 de marzo, Spínola se exilia en España, país que sirve de base de apoyo al ELP (Ejército de Liberación Portugués), una milicia ultra-reaccionaria portuguesa; en Setiembre de 1975, la Embajada y el Consulado de España en Lisboa son destruidos y quemados por militantes de la extrema izquierda en respuesta a la ejecución de militantes de izquierdas por Franco; en Octubre de 1975 Marruecos expulsa al Ejército español del Sahara (hasta entonces español) y la burguesía española es incapaz de movilizar a su Ejército contra eso.

La influencia también se verá en factores culturales/sociales como las ferias del libro portugués, organizadas en aquel bienio en España por varias ciudades o en la afluencia de españoles a Lisboa, donde hacían cola a la puerta de los cines para ver la famosa escena de sodomía entre Marlon Brando y María Schneider en *Último Tango en París*, de Bertolluci, prohibido en España; y también en las docenas de carteles que la extrema izquierda portuguesa ha pegado en solidaridad con los presos políticos españoles.

El paradigma de la «transición pacífica», que no encuentra eco en la realidad de aquellos años, cumple en realidad una función política para los regímenes actuales, como señala el historiador catalán Xavier Doménech Sampere:

«Y es que el paradigma explicativo de la transición cumple, a la vez que una función “científica”, una clara función normativa en la legitimación de origen del orden político actual. Lo que pasó durante las oscuras horas de la dictadura y confusos años de la transición es fuente de legitimación política para instituciones –como la monarquía y la democracia tal como la conocemos– y discursos dominantes –la moderación, el centrismo como valor clave de la retórica de la modernización– que a pesar de su aparente solidez actual se movieron desde sus inicios en una gran debilidad real. (...) La necesidad de presentar la transición como un gran acto de reconciliación de las “dos” Españas nos ha llevado a una necesaria reinterpretación-deformación de nuestro pasado. Toda noción de conflicto colectivo, de lucha de fuerzas e imposiciones, fue abandonada para explicar el pasado y presente de España» (Sampere, 2002: 46).

La «revolución democrática y nacional». La política de alianza de clases del Partido Comunista Portugués

¿Qué hicieron el Partido Comunista Portugués (PCP) y el Partido Comunista de España (PCE) en la virada de los años 70, cuando las dictaduras han empezado a colapsar por la acción de las masas?

El PCP es sorprendido por el golpe de Estado que ha derrumbado la dictadura, en el día 25 de Abril de 1974. Álvaro Cunhal, su carismático líder, sostenía que la dictadura acabaría por caer por un alzamiento nacional, que englobaba en la lucha armada las masas y sectores «patrióticos» del Ejército, pero en la práctica nada hizo por dicho alzamiento que acabó por ser un recurso retórico para calmar a sus bases, más radicalizadas después de la escisión sino-soviética en 1963-65. El PCP siempre ha apostado en una alianza de clases con lo que consideraba la burguesía «progresista» o «no monopolista» – sectores de la burguesía que pondrían en causa la dictadura, contestando los grupos monopolistas, responsables por el retraso económico del País.

El programa del PCP cuando del 25 de Abril de 1974 –el cual, como veremos, tiene semejanzas estratégicas con el del PCE– y que ha sido sistematizado en el informe *Rumo à Vitória* (Rumbo a la Victoria), presentado al VI Congreso del PCP, realizado en Kiev, en 1965, sostenía que el derrumbe de la dictadura vendría de las masas, orientadas por el PCP, en alianza con el movimiento democrático y jamás de la pequeña burguesía impaciente o de golpes: «Los golpistas consideran que el fascismo será derrotado por una acción militar de oficiales y que dicha acción se prepara seduciendo a conspiradores (...) El error básico de dicha concepción consiste en encarar la acción decisiva contra la dictadura como una cuestión “para los militares”» (Cunhal, 2001: 270-271).

El error básico de previsión lo tuvo el mismo PCP. La principal lucha de masas que estuvo por detrás del derrumbe de la dictadura ha sido la lucha de los pueblos coloniales que hizo masivo el apoyo a los movimientos de liberación llevando a la derrota militar de Portugal. Por no querer más ir a la guerra, un grupo de la oficialidad intermedia, oriundo esencialmente de la pequeña burguesía, ha organizado con éxito un golpe que puso fin a la dictadura. Pequeña burguesía, conspiración, golpe. Ni las masas portuguesas, ni el PCP, ni cualquiera de las más de 9 organizaciones que componían el movimiento democrático han tenido cualquier papel en el golpe, que ha sido un golpe y no un alzamiento (el PCP usará después del golpe el término «alzamiento militar», una adecuación lingüística a las circunstancias). Fue del imperio portugués y no del retraso económico del País que vinieron las fuerzas sociales que han derrumbado el régimen.

Pero si el PCP no esperaba un golpe, mucho menos esperaba una revolución. Que efectivamente fue una sorpresa para todas las fuerzas políticas, incluso el movimiento de los capitanes que había dirigido el golpe.

El pueblo empezó el día mismo de la revolución, contra las ordenes de los militares que habían dado el golpe, por asediar el Cuartel de Carmo, donde se había refugiado el jefe del Gobierno, Marcelo Caetano, y dismantelar las estructuras represivas del régimen, atacando el local

central de la policía política (PIDE/DGS) y liberando de las prisiones de Caxias y Peniche los prisioneros políticos.

En los primeros 15 días de mayo de 1974 –y todavía estaba lejos el pico de huelgas de finales de mayo y principio de junio– hay huelgas, paros y, en algunos casos, ocupaciones en *Diário de Lisboa*, *O Século* y *Diário de Notícias*; en los pescadores, en varias zonas del País, entre ellas Matosinhos y Nazaré; en TLP, Cidla, Nitratos de Portugal, Caixa de Previdência de Faro, CTT, TAP, Siderurgia, trabajadores metalúrgicos de Porto y Matosinhos, en Timex, Carris, Sacor, en la Aduana de Porto, en Lisnave, Secil, CUF de Barreiro, los obreros de la construcción civil de Torralta, talleres de las Fuerzas Armadas, lanas de Covilhã, Firestone, supermercados AC Santos, varios laboratorios farmacéuticos, Salvador Caetano, Minas de Borralha, Singer, Philips, industria del vidrio, industria automóvil...

Huelgas, ocupaciones de fábricas, «saneamientos», exigencia de auto-gestión de las fábricas y empresas, ocupaciones de locales de trabajo, ocupaciones de casas, manifestaciones sistemáticas: el poder está en la calle.

La revolución dará al PCP un espacio con que antes no había siquiera soñado. Inmediatamente, la burguesía, incluso aquella que tenía un proyecto federativo para las colonias, liderada por António de Spínola, invita al PCP a estar en el gobierno, y el PCP hace de dicha participación uno de los ejes de su política.

El PCP quiere desde el inicio –desde los comunicados del 29 de abril de 1974, o sea 4 días después del fin de la dictadura– participar, junto con todas las «fuerzas democráticas» en un gobierno provisorio, lo que incluye el PS (social-demócrata) y el PPD (liberal). El PCP se queda con el Ministerio de Trabajo y es a través de este ministerio que se va a oponer a todas las huelgas y a denunciarlas como «izquierdistas», «aventureras» y «maniobras de la reacción». Durante los primeros tres meses de la revolución, el partido va, por intermedio de Intersindical, que controlaba, apoyar y movilizar para una única manifestación que tenía como lema «*Não à greve pela greve*» (No hacer huelga por hacer huelga). Tuvo lugar el 1 de junio de 1974 en el centro de la capital, Lisboa.

El primer periódico del PCP a salir después del 25 de abril sólo es lanzado el 17 de mayo –un día después de que el gobierno asumiera. Esto significa que el partido estuvo casi un mes sin periódico; esperó entrar al gobierno para hacerlo. Su contenido es relevante. Tiene dos temas de portada: la necesidad de que los comunistas estuvieran en el gobierno provisorio en alianza con todos los demócratas y el control del movimiento obrero por la Intersindical. La estrategia debe «basarse en la organización sólida de los trabajadores, en su acción coordinada y unitaria con todas las fuerzas antifascistas para profundizar las libertades democráticas con el propósito de construir y consolidar un Estado Democrático²». El PCP deja ya en este número una advertencia a los trabajadores: «no son las estructuras que deben ser grandiosas, pero sí las luchas³».

El órgano oficial del partido tuvo, en este mismo número, según datos del mismo PCP, una tirada de 500.000 ejemplares⁴. Una cifra impresionante que obviamente demuestra el crecimiento del PCP y su prestigio entre los trabajadores⁵. También demuestra el error de análisis de autores como Boaventura Sousa Santos, Anna Bosco o Carlos Cunha (Santos, 1984; Cunha, 1992; Bosco, 2000) –para quienes el PCP ha mantenido una especie de doble personalidad política durante el período revolucionario, defendiendo en la retórica la concepción etapista de la revolución pero en la práctica luchando por la soviétización del País. ¿En qué podría apoyarse dicha soviétización sino en las masas en movimiento? Si el PCP afirmara el compromiso con la democracia en las reuniones del gobierno provisorio y en los comunicados y en el *Avante!* llamará a la organización de las masas en organismos propios, comisiones de trabajadores, soldados, vecinos, quizás dicha interpretación pudiera corresponder a lo que de hecho ha pasado. Pero no es el caso.

² *Mundo Obrero*, 8 de Mayo de 1974, p.1.

³ *Idem*, p.1.

⁴ «Avante! Legal. Um grande êxito», in *Avante!*, Série VII, nº 2, 24 de Março, p. 3.

⁵ El PCP tenía en Abril de 1974 cerca de 3000 militantes y un año más tarde cerca de 100 mil.

Cuando hablamos de *Avante!* no hablamos del preámbulo a un programa político, sino del organizador colectivo del partido. Y el organizador colectivo del partido, en el día 17 de mayo de 1974, en medio del proceso revolucionario, al final de una dictadura que se había mantenido durante más de 40 años, llama a respetar al gobierno provisorio, a la unidad con el MFA, y al control de la Intersindical sobre la clase trabajadora.

Kenneth Maxwell recuerda como la burguesía portuguesa se ha aproximado del PCP esperando que este consiguiera controlar la revolución y de como estos planes, por la extraordinaria dinámica de las masas, han salido estropeados:

«(...) El general Spínola también ha invitado al PCP para el gobierno provisorio. Creía que poniendo a un comunista en el Ministerio de Trabajo y trayendo a Cunhal al ejecutivo como ministro sin pasta podría controlar y frenar a la militancia laboral. Pero Spínola cometió un serio error de cálculo cuando dirigió esta invitación a los comunistas. Ofreció aquello que el PCP estaba enteramente dispuesto a aceptar y ganó muy poco en lo que se refiere al ablandamiento de la agitación laboral que esperaba obtener» (Maxwell, 1999:94).

La crisis del Estado se profundizaba y el PCP —que apostaba en los gobiernos provisorios y en el Movimiento de las Fuerzas Armadas como forma de reconstituir el Estado burgués en crisis— no tiene en esta fase ningún éxito. Al final de un pico de huelgas que han paralizado la capital, el PCP considera que el «principal problema del momento político» son las huelgas, focos artificiales del descontento popular. En el editorial de su periódico puede leerse:

«Las huelgas de Carris de Lisboa, de los panaderos, de la Central de Lisboa de los CTT y algunas otras, junto con manejos y rumores alarmistas tendentes a desorganizar los transportes y el abastecimiento público (...) han permitido detectar y traer a la luz del día quienes están interesados en sabotear el desarrollo normal de nuestro proceso democrático, quienes desean crear un clima de pánico, de tensión y de crisis y quienes buscan atear focos artificiales de descontento popular, para minar de esa manera al frente político formado en la secuencia del movimiento del 25 de abril.»

(...) El arma de la huelga —que es un derecho ahora conquistado— no puede ser usado con liviandad. En el contexto político actual es necesario agotar otras formas de lucha, como la negociación con la patronal, por la obtención de las justas reivindicaciones y sólo entonces —y siempre con los ojos en lo que es fundamental y en lo que es secundario— el arma de la huelga debe ser usada como forma justa de vencer la resistencia de la patronal⁶.

Y el PCP tenía razones para estar preocupado con la ineficacia de su política de contención. De las 158 empresas de los ramos de la industria, electricidad, comercio, transportes, banca y seguros analizadas por un grupo de sociólogos en 1976 (Santos, 1976), la instancia de negociación de los conflictos laborales ha sido, en 61 casos, la comisión de trabajadores, en 6, el comité de empresa, en 10, el sindicato nacional o de distrito, en 13, el Ministerio de Trabajo, y en 26, la Junta de Salvación Nacional/MFA. Los datos son relativos apenas al período entre 25 de abril de 1974 y 1 de junio de 1974. O sea, en la abrumadora mayoría de los casos, quien tenía influencia era la comisión de trabajadores y no las instancias que el PCP dominaba (Ministerio de Trabajo) y apoyaba (JSN/MFA). Si hoy, y desde la segunda mitad de la década de 70, la Intersindical tiene hegemonía sobre la clase trabajadora organizada, en 1974 estaba muy lejos de ser así. Su influencia era limitada y frecuentemente sobrepasada por la dinámica de las masas.

Sobre el Estado, algunos ejemplos, seleccionados entre decenas de otros, dan la dimensión de la crisis por la que pasaba. El día 12 de setiembre de 1974 el II Gobierno Provisorio (de que participaban PCP y PS) ha enviado la tropa para impedir la manifestación de los obreros de Lisnave, pero los fusileros navales han recusado hacerlo y la manifestación ha proseguido; el día 7 de febrero, el III gobierno provisorio ha enviado soldados para impedir la manifestación contra la OTAN. Esta no sólo tuvo lugar cómo los soldados se han juntado de puño erguido a los manifestantes.

⁶ «O principal problema do momento político» in *Avante!*, Série VII, 31 de Maio de 1974, p.1.

El PCE y la «portugalización» de España

El Partido Comunista de España recibe con entusiasmo la revolución portuguesa. La participación de los comunistas en el gobierno con la burguesía nacional alentaba al PCE que, a pesar de la tragedia de la guerra civil española y de la derrota de la revolución, jamás ha cuestionado la corrección de la estrategia de frente popular.

Las páginas de *Mundo Obrero*, periódico del PCE, se llenan de noticias sobre Portugal. De todos los acontecimientos internacionales hay tres que marcan las páginas del periódico: la revolución portuguesa, en primer lugar; la dictadura de Pinochet en Chile; y la derrota norteamericana en Vietnam. Santiago Carrillo y otros dirigentes del PCE escriben que Portugal es exactamente el ejemplo que todos deberían seguir en España. El 4 de junio de 1974, la portada de *Mundo Obrero* trae una entrevista con Santiago Carrillo que tiene por base la situación portuguesa. La citación es concluyente: «Aunque algunas gentes hayan dicho que hay que evitar que se 'portugalice' España, me parece que la 'portugalización' de España es inevitable⁷». Dolores Ibarruri, la *Pasionaria*, escribe en julio de 1974: «Portugal es hoy un resorte que puede hacer saltar las barreras del miedo, de la desconfianza y de la incomprensión que han venido frenando la (...) democratización de España⁸».

El resorte saltó casi de inmediato. El 29 de julio de 1974, el Partido Comunista de España forma la Junta Democrática de España, que largamente dirige, y integraba aún el PTE (Partido del Trabajo de España), el Partido Carlista, las Comisiones Obreras y el PSP (Partido Socialista Popular).

El programa de la Junta no era novedad: formación de un gobierno provisorio, defensa de las libertades democráticas (políticas, sindicales, de reunión y asociación); realización de una consulta popular sobre la forma de Estado; reconocimiento –sometido a la unidad del Estado español– de las comunidades autónomas; respeto por los acuerdos internacionales y por los principios de la coexistencia pacífica.

Pero Portugal sólo será un ejemplo para España mientras la revolución no se radicaliza. Después del 11 de marzo de 1975, en que en el horizonte de la revolución portuguesa están de hecho tareas socialistas y ya no mayoritariamente democráticas –en que se realizan, por ejemplo, las nacionalizaciones de la banca y de las compañías de seguros, las ocupaciones de grandes propiedades se generalizan, una parte de los capitalistas huye el país–, el PCE toma distancias con relación a Portugal. Toma distancias también con relación al PCP y consolida los lazos con Enrico Berlinguer y el eurocomunismo.

Carrillo empieza a ignorar la revolución portuguesa –exactamente en el período en que esta se radicaliza– y cuando se refiere a Portugal es para destacar las diferencias con relación a España: España no es Portugal, desde luego porque no ha pasado por una guerra colonial, pero también porque Portugal es un país retrasado, tercermundista, sin una «derecha civilizada», tecnocrática, capaz de unirse a las fuerzas progresistas y realizar una transición democrática y pacífica; los españoles tuvieron la guerra civil y están inmunizados contra los extremismos.

El Verano de 1975 en Portugal, que para la historia quedará como el «Verano Caliente», marca el momento de más tensión entre las clases que se combatían en la revolución portuguesa: el MFA se escinde; el PS se juega el todo por todo para trabar la revolución formando un bloque social con el ala moderada del MFA, los sectores más reaccionarios y la Iglesia que, bajo la capa de la lucha contra la pretensa soviétización propugnada por el PCP, se movilizan contra los trabajadores y los jóvenes que hacían la revolución, o sea, aquellos que diariamente ocupaban tierras, auto-gestionaban fábricas y empresas, ocupaban facultades y casas. Este bloque gana confianza para acabar con la alianza hasta entonces formada con el PCP y los militares más a la izquierda del MFA y deja caer el IV gobierno provisorio, dejando los comunistas solos en el

⁷ *Mundo Obrero*, 4 de Junio de 1974, p.1.

⁸ *Mundo Obrero*, 3 de Julio de 1974, p.5.

gobierno, contra la voluntad del mismo PCP, que hace todos los esfuerzos para contrariar la situación que llevará a la formación del V gobierno provisorio (Cunhal, 1976: 15-17).

En julio de 1975, en plena crisis revolucionaria en Portugal, la portada de *Mundo Obrero* ya no habla del ejemplo portugués, sino de los discursos de Carrillo y Berlinguer, discursando para una multitud en Livorno, Italia. Los líderes llaman a la construcción de una Europa democrática, por el «socialismo de nuestro tempo». El título de portada es significativo: «Socialismo en la Democracia. Los clichés sectarios aislan a la vanguardia». Puede leerse en el periódico que: «La defensa de la democracia, el camino hacia el socialismo, la paz, la cooperación mundial, pasan a través de la alianza de los comunistas con los socialistas, social-demócratas, católicos y otras fuerzas del progreso. Y ésta es, en nuestra opinión, la única política efectivamente de clase posible hoy en Europa. La repetición de los viejos clichés sectarios, al margen del tiempo, no serviría más que a aislar a la vanguardia, a dividir a las fuerzas del progreso y a preparar nuevas derrotas del movimiento obrero»⁹.

La ruptura entre los dos partidos comunistas ibéricos empieza en este momento a tornarse pública. En una entrevista a Oriana Fallaci, en octubre de 1975, Carrillo es categórico: «Yo nunca haré lo que hizo Cunhal, nunca, lo he dicho y lo diré mientras tenga fuerzas: los comunistas españoles no intentarán imponer el socialismo» (Cervelló, 1993:382). Es además en el Verano de 1975 que en España, en todos los espectros políticos, se defiende un «Soares para España!», referencia a Mário Soares, líder del Partido Socialista portugués, que ha dirigido el golpe contra-revolucionario del 25 de noviembre de 1975. Del Movimiento franquista al Opus Dei, del PSOE al PCE, todos en España afirman la necesidad de una figura como Mário Soares¹⁰. Urgía la figura de un líder democrático, pro-occidental, que pudiera canalizar el descontento popular e impedir una situación revolucionaria en España.

Declaraciones como la de Carrillo criticando Cunhal —que son raras— han servido para sustentar la tesis de que la ruptura entre PCP y PCE se ha dado porque el PCP tendría optado por la «vía soviética» y el PCE por el eurocomunismo. Uno tendría intentado la vía *putschista* de la toma del poder, una repetición de Praga en 1948, el otro buscado la vía democrática burguesa. La prueba estaría, en primer lugar, en el hecho de que el PCP hubiera intentado tomar el poder en Portugal en 1975 y, secundariamente, en la difícil relación entre Cunhal y Carrillo. Boaventura Sousa Santos (1984), Carlos Cunha (1992), Carlos Gaspar (1992), entre muchos otros, defienden esta tesis.

Es innegable que el camino del PCE ha sido el del eurocomunismo. Y de que este, a pesar de sólo haberse afirmado públicamente durante la crisis revolucionaria en Portugal en 1975 —con el encuentro de Livorno— y en 1977, con la publicación de *Eurocomunismo y Estado*, de Santiago Carrillo—, era un camino que el PCE iba trillando aún antes de la revolución portuguesa, al conectarse a los comunistas franceses e italianos y conseguir autonomía financiera de la URSS, creando su propio aparato nacional.

Además, la primera vez que Santiago Carrillo visita Portugal después de la revolución es en diciembre de 1974, invitado por Mário Soares —lo que era ya un síntoma de su alejamiento de la Unión Soviética. Carrillo también se encuentra con la comisión política del PCP, pero es con los socialistas que se deja fotografiar.

El camino del Partido Comunista Portugués no ha sido ese— un partido relativamente pequeño, de un pequeño país europeo, siempre dependiente del punto de vista financiero de la URSS y que nunca ha roto sus vínculos con ella.

¿Puede así concluirse que los comunistas querían tomar el poder para construir una «democracia popular» y los españoles aceptaban la democracia?

⁹ Mundo Obrero, n° 24, 4ª semana de Julio de 1975.

¹⁰ *Nuevo Diario y ABC* cit. in Portugal visto pela Imprensa Espanhola, Informação relativa ao período de 10 a 17 de Setembro de 1975, Embaixada de Portugal em Madrid, Serviços de Imprensa, Arquivo Histórico-Diplomático, PEA 16/75 - 311- Informações sobre Portugal na imprensa espanhola.

De ninguna manera. Ya hemos visto lo que hizo el PCP durante el período revolucionario. Estuvo en todos los gobiernos provisorios; defendió la reconstitución del Estado a través del MFA, buscando acabar con la crisis donde ella había empezado; en el Verano Caliente hizo todo para no quedarse solo en el gobierno y cuando se formó el VI gobierno, ya de nuevo con la burguesía, los comunistas han participado de nuevo. El día 25 de noviembre – cuando un golpe de Estado hecho por un bloque social que iba desde el PS a la derecha más reaccionaria y al patriarcado termina la revolución portuguesa, acabando con la democracia en los cuarteles y aislando y deteniendo los militares «indisciplinados» –, el PCP recusa la distribución de armas a sus militantes que, junto de los locales del partido y de los cuarteles por este controlados, exigían defender la revolución. La «guerra de posiciones» del PCP no ha llegado a los lugares centrales del aparato del Estado, el Gobierno y las Fuerzas Armadas.

La idea de que el PCP quisiera tomar el poder es una construcción ideológica que sirve al actual régimen portugués que se ha construido en la justificación de que la transición para el socialismo –hoy todavía inscrita en la Constitución portuguesa– hubiera fallado porque en 1975 el país habría estado entre la espada y la pared: o un régimen totalitario, satélite de la URSS, o la economía de mercado y la dependencia de los países occidentales. El PS, según la «memoria» tejida por la contra-revolución, hubiera salvado la libertad, y el precio a pagar ha sido el capitalismo. El PCP tiene con relación a esta tesis una actitud contradictoria ya que si por un lado ella lo demoniza como totalitario, por otro le confiere una combatividad que de hecho nunca ha existido y que el PCP reclama junto de su base.

Esta tesis no encuentra eco en ningún documento o hecho que historie el papel del PCP en 1974-75. Como recuerda Francisco Louçã, el PCP nunca puso en causa el gobierno o la jerarquía militar:

«Lo que conmovería este aparato militar hubiera sido un alzamiento generalizado de soldados, inevitablemente favorecido por la parálisis de los jefes; y dicha situación estuvo cercana en ese Verano: a ella se opusieron todas las corrientes del MFA, y el PCP tanto como los otros.

La lucha por el compromiso, que es la línea de continuidad de actuación del PCP en este período, no a llegado a ninguna solución (...)

Triste destino, el de la ideología: el PCP, mientras su política iba en otra dirección, era forzado a mantener una apariencia de radicalismo y a proteger un gobierno que temía –se quedó así con la fama sin tener el provecho (...)» (Louçã, 1985: 161)

Es en este momento que se torna imprescindible para el PCE evitar que España se “portugalice”. La historia no es matemática, ya lo sabemos. Hay incontables autores que en los últimos 15 años se han dedicado a estudiar los conflictos sociales en España durante la transición, en un movimiento que ya tiene el nombre de historiografía «desde abajo¹¹». Pero hay también cifras elocuentes. Si en 1971 hubo 6 millones de horas de huelgas, en 1976 hubo 106 millones.

Aprovechando la crisis revolucionaria portuguesa, el PCE asume el compromiso con el eurocomunismo, se distancia definitivamente de Moscú y se aproxima de la social-democracia europea, de los franceses que ensayaban el Programa Común, de los italianos del Compromiso Histórico. Franco estaba moribundo con Parkinson –moriría el 20 de noviembre de 1975–. Carrillo se aleja de Cunhal, no sólo porque ya se había alejado de la URSS, sino porque Cunhal aparece como el bode expiatorio de toda la política que acabaría en los Pactos de Moncloa. Carrillo apunta a España el fantasma de la soviétización, como forma de contener los conflictos laborales.

Veamos el encadenamiento de los acontecimientos. En Abril de 1974 una revolución irrumpe en Portugal. Tres meses después, el 29 de julio, el PCE funda la Junta Democrática de España. El 11 de marzo de 1975, un golpe de derechas es derrotado en Portugal, abriendo el camino a la radicalización de la revolución. El 12 de marzo, un día después, el PSOE es legitimado en España. En el Verano de 1975, Portugal está en el medio de una crisis revolucionaria. El PSOE

¹¹ Algunos de estos autores, como Xavier Doménech y Cármen Molinero, han publicado sus trabajos en la revista *Historia del Presente*, especialmente el número La Sociedad Española durante el Segundo Franquismo, nº 1, 2002.

funda en ese Verano, en junio, la Plataforma de Convergencia Democrática, con un programa similar al de la Junta. El PCE hace un acto público con Berlinguer en favor de la democracia. El 20 de noviembre muere Francisco Franco. El 25 de noviembre de 1975, un golpe dirigido por el PS, inicia la contra-revolución (democrática) en Portugal. Tres semanas después, en España, PCE y PSOE se encuentran para unificar la Junta y la Plataforma en Coordinación Democrática, que es negociada en diciembre de 1975 y formalizada en marzo de 1976.

El 18 de noviembre las Cortes Generales en España hacen aquello que quedará conocido como el «haraquiri [suicidio] de las cortes franquistas». Aprueban una ley que implica su disolución, abriendo las puertas a la institucionalización de lo que ya era un hecho: la dictadura franquista no había sobrevivido a la revolución portuguesa.

Los Pactos de Moncloa, firmados por el PCE y el PSOE, junto con los partidos de derechas, son el acuerdo central que termina este proceso, en el final de 1977. Su espina dorsal es el modelo económico, la economía de mercado. El texto del pacto está dividido en dos grandes puntos: acuerdo sobre el programa de saneamiento y reforma de la economía y acuerdo sobre el programa de actuación jurídica y política.

«Izquierdismo», el *principal* peligro para los partidos comunistas ibéricos

Contra las evidencias, los dos líderes insisten en la excepcionalidad de sus programas políticos. Cunhal afirma la originalidad de su propuesta: «El programa del PCP ha sido en realidad el programa de una revolución original, porque original era la situación del país» (Cunhal, 1999:65). Carrillo, a pesar de situar las raíces del eurocomunismo en la política frentista pos-1935, afirma que es necesario que el PCE tenga frente al aparato del Estado una posición «distinta de la que históricamente ha mantenido» (Carrillo, 1977:70).

Aquello que argumentamos es que la política de los partidos comunistas en la Península Ibérica no fue ni original ni distinta del punto de vista estratégico.

En *Rumo à Vitória* (Rumbo a la victoria), en 1965, Álvaro Cunhal defiende que el régimen portugués es un régimen de una parte minoritaria de la clase burguesa. Tan minoritaria que el PCP, en la mayor parte del texto, no se refiere a ella como burguesía o parte de la burguesía. El régimen es el régimen de los «monopolios», la «aristocracia de la finanza». «Liberemos Portugal de la docena de grandes grupos monopolistas y el pueblo y el país se liberrarán de sus peores y principales enemigos» (Cunhal, 2001: 41). «Día tras día es más densa la red de los intereses comunes de los grandes grupos monopolistas. Todos de conjunto se oponen a *todas las restantes clases sociales*» (p. 30, cursiva nuestra).

Años más tarde, en un balance de la revolución, Cunhal ha escrito:

«El Programa del PCP, aprobado en el VI Congreso realizado en 1965, se basó en un profundo análisis anterior de la realidad nacional (...) 'el régimen fascista es la dictadura terrorista de los monopolios (asociados al capital extranjero) y de los latifundistas' (...) De estas características específicas ha resultado también la elaboración del Programa del Partido y la definición de la 'revolución antifascista' como una 'revolución anti-monopolista y anti-imperialista', una 'revolución democrática y nacional'. No somos de aquellos que querían una cosa y decían querer otra. Que querían el capitalismo y decían querer el socialismo. Que defendían intereses y la defensa de los grandes grupos monopolistas y de los terratenientes e inscribían en sus 'declaraciones' que estaban por las nacionalizaciones y por la reforma agraria.

Luchando por la libertad, la democracia, la unidad de las fuerzas democráticas, el PCP no escondía que, en su perspectiva histórica, la revolución democrática y nacional constituía 'una etapa primera y necesaria para la revolución socialista'. Pero en toda su acción después del 25 de abril, insistía en la lucha por las libertades y en el respeto por ellas, por un régimen democrático y plural, por elecciones verdaderamente democráticas, a través de las cuales el pueblo decidiera su destino y el de sus gobernantes.

Las realizaciones y conquistas democráticas de la Revolución de Abril, a las que el PCP ha llamado de 'conquistas de la revolución', no caracterizan la revolución democrática portuguesa como una

'revolución socialista', no significan que el PCP haya querido 'quemar etapas', pero la caracterizan como 'una democracia avanzada *rumbo al socialismo*'. (Cunhal, 1999: 66, 67).

Santiago Carrillo, en *Eurocomunismo y Estado*, afirma que el Estado ha dejado de ser el Estado de una clase –la burguesía– y ha pasado a ser el Estado de apenas una parte de esa clase, la burguesía monopolista. El dirigente del PCE concluye que la política de los comunistas en España debe ser de aliarse a todos los sectores cuyos intereses no son gestionados por el Estado. El texto va más lejos en la elaboración teórica que la política de Cunhal. Hace un balance histórico de las raíces del eurocomunismo, reivindicando el frente popular español y francés de la década de 30 del siglo XX, la política del VII Congreso de la Internacional Comunista, las elaboraciones de Palmiro Togliatti, según el cual el punto crítico del «problema era el sistema político» y no el Estado (Carrillo, 1977: 140)

En las palabras de Santiago Carrillo:

«En contrapartida, hoy el Estado aparece, de forma cada vez más clara, como el Estado gestor en todos los terrenos y, particularmente, en el de la economía. Y como es el Estado gestor que ya no sirve los intereses del conjunto de la burguesía, sino apenas los de una parte de ella, la que controla los grandes grupos monopolistas –económicamente fundamental pero humanamente muy reducida– ya no enfrenta sólo, como Estado, los proletarios avanzados, sino igualmente, y de forma directa, las más amplias clases y camadas sociales, incluso parte de la burguesía: entra, así, en conflicto con la mayoría de la sociedad» (Carrillo, 1977:31).

En 1975 los partidos comunistas ibéricos tienen la caracterización –común– de que el Estado de sus países sirve los intereses de la burguesía monopolista, la fracción minoritaria de la burguesía. La conclusión es coherente con la caracterización política: los PCs deben aliarse, con un programa democrático, a todos aquellos que no pertenecen a dicha minoría monopolista.

Esta política no era ni nueva ni original.

En 1935, la Unión Soviética, preparándose para la guerra, pone fin a la política sectaria que quedaría conocida como la política del «tercer período», inaugurada en el VI Congreso de la Internacional Comunista (III Internacional) y que geminaba la social-democracia con el fascismo, el «social-fascismo». Esta política, desastrosa, abrió camino a la ascensión de Hitler al poder y al espectro de una guerra mundial. En 1935 llega el cambio de sentido. El VII Congreso de la Internacional Comunista recupera la táctica de frente único obrero, que había sido defendida por dirigentes bolcheviques como Vladimir Lenine o León Trotsky como forma de responder a la derrota de la revolución alemana y «a la relativa estabilización del capitalismo» (Sena, 2007: 4). Pero al frente único, que implicaba un frente con otras corrientes del movimiento obrero, el VII Congreso, en el famoso informe presentado por Jorge Dimitrov, «agrega» la alianza con los sectores de la burguesía que el informe consideraba derrotados por el ascenso del nazismo. Como afirma el historiador Carlos Zacarias Sena Júnior, «la política de frente popular que preveía alianzas amplias con los sectores de la burguesía dicha progresista, pasó a ser la táctica privilegiada de los partidos comunistas en la coyuntura de ascenso de las dictaduras fascistas o filofascistas en el mundo en los años 30» (Sena, 2007: 5-6). El encuadramiento del frente popular era la Francia de Blum con los socialistas y después con el Partido Radical. Se le siguió España y, de ahí en adelante, la generalización de esta política a todos los partidos comunistas. El objetivo era, como afirma Pierre Broué, en su monumental *Historia de la Internacional Comunista* (2007), movilizar a los comunistas para una política de alianzas con sectores de la burguesía para la guerra que se avecinaba (Broué, 2007: 825-844). De tal forma que Togliatti, en su intervención en el Congreso termina con «un llamado a los trabajadores del mundo entero para defender la URSS en caso de agresión» (Broué, 2007: 843).

Pero la política de frente popular se ha generalizado muy para allá del final de la guerra, cuyo resultado sólo ha visto un refuerzo de esta política, sea por la «vía pacífica al socialismo», de la «distensión» o de la «coexistencia pacífica», en suma, «un viejo proyecto soviético de acuerdo pan-europeo de convivencia pacífica» (Salvadori, 2005: 126), que ha culminado en Helsinki en 1975. La política de frente popular era también la consagración de la derrota de la revolución mundial y de la vitoria del «socialismo en un solo país», lo que es decir socialismo en país ningún, ya que los partidos que se unían a la política de frente abandonaban, en la *práctica*, la posibilidad de una

organización autónoma de la clase obrera para tomar el poder, aunque mantuvieran frecuentemente el discurso revolucionario.

En los países coloniales o semiperiféricos, la táctica de frente popular fue ampliada para un «frente nacional» que englobaría todos los demócratas sinceros –para el PCP los «portugueses honrados»–, fuesen socialistas, social-demócratas, liberales, republicanos o mismo monárquicos.

Nahuel Moreno sitúa las raíces de esta política en la teoría de los frentes burgueses progresistas, de los mencheviques en Rusia:

«La gran “contribución” de los mencheviques para el revisionismo es la teoría de los campos o frentes burgueses progresistas. Según dicha teoría, para derrumbar el zarismo autocrático e instaurar un nuevo régimen, el movimiento obrero y sus partidos deberían formar un campo o frente antizarista, cuya dirección estaría en las manos de la burguesía liberal y de su partido, el Kadete. Así explica Axelrod, uno de sus teóricos más importantes:

“El proletariado lucha por conseguir las condiciones que permitirán el desarrollo burgués. Las condiciones históricas subjetivas determinan que sea el destino de nuestro proletariado colaborar inevitablemente con la burguesía en la lucha contra el enemigo común” (Citado por Trotsky, *Escritos*, T. XI, vol. 1, p. 78).

(...) Desde ahí a la teoría de la revolución por etapas no hubo más que un paso (...)

(...) la concepción de los “campos” y de la lucha entre ellos, que supera la lucha de clases surge, así, con los mencheviques. Sin embargo, quién alzó esta concepción al nivel de una teoría general, de aplicación permanente por los partidos obreros en todos los países y circunstancias, fue Stálin con su Frente Popular». (Moreno, 2003: 78-81).

La historia del PCP desde la segunda mitad de la década del 30 será la historia de estas alianzas. Con la burguesía nacional portuguesa, los “honrados” y “progresistas”. Ya en 1936, el PCP lanza el Frente Popular Portugués, y en 1943, el Movimiento Nacional de la Unidad Anti-Fascista (MUNAF). En ese año, el II Congreso del PCP, realizado en Monte Estoril, reafirma el frente popular como política central del partido junto con la infiltración en los sindicatos nacionales y el alzamiento nacional. En 1945 el frente es el Movimiento de Unidad Democrática (MUD). La alianza sigue en 1949 alrededor de la candidatura de Norton de Matos y, en 1958, de la candidatura de Humberto Delgado. La «vía pacífica al socialismo» de Khrustchov sólo reforzará esta política frentista. Antes de la campaña de la oposición, liderada por Humberto Delgado, en 1958, el PCP defendía el derrumbe pacífico del régimen.

En 1963 es creado el Frente Patriótico de Liberación Nacional (FPLN), que todavía tendrá como presidente, en 1964, a Humberto Delgado. En el FPLN participa también la Acción Socialista Portuguesa de Mário Soares.

La historia del PCE está todavía más ligada a esta política, porque España ha sido el ensayo catastrófico de esta estrategia frentista. La derrota de la revolución española en 1937 ha abierto el camino a la derrota republicana y a la victoria franquista en 1939, que acabó siendo, junto con la de Salazar, una de las más largas dictaduras del siglo XX. En junio de 1956 el PCE presenta su política de reconciliación nacional – que se llama exactamente *Por la Reconciliación Nacional, por una Solución Democrática y Pacífica del Problema Nacional Español*, donde afirma que «Hoy, la idea de una solución pacífica de los problemas políticos, económicos y sociales de España, sobre la base del entendimiento entre las fuerzas de izquierda y de derecha, ha ganado mucho terreno (...) el Partido Comunista de España declara solemnemente estar dispuesto a contribuir sin reservas a la reconciliación nacional de los españoles»¹². La política defendía también la sustitución de la dictadura a través de la vía pacífica (Hermet, 1971: 57).

El encuentro político con la derecha «civilizada» será reafirmado en los VII (1965) y VIII (1972) Congresos del partido, que reafirman esta política, esta vez en oposición declarada a los grupos maoístas que se forman en España después de 1963. La primera escisión maoísta surge en

¹² «Por la reconciliación nacional, por una solución democrática y pacífica del problema español». Declaración del Partido Comunista de España. Junio de 1956. En <http://www.filosofia.org/his/h1956rn.htm>, consultado el 19 de Marzo de 2008.

España en diciembre de 1963, exactamente el mismo mes y año en que el líder de la escisión portuguesa, Francisco Martins Rodrigues, sale del PCP. La escisión hace salir del PCE la mayoría de la organización estudiantil del partido en Madrid, que en 1964 funda el PCE (ML), quienes lanzan el periódico *Vanguardia Obrera*. Según Guy Hermet, historiador del movimiento comunista español, los maoístas solo empezarán a tener influencia en los sectores obreros del partido en 1967/68, lo que corresponde a la situación social que explotaría en mayo de 68. La reconciliación nacional de todos los españoles, independientemente de la clase, para sustituir pacíficamente la dictadura franquista, es reafirmada en el V Congreso, en 1965, contra los «izquierdistas». Santiago Carrillo comienza por fingir ignorar los estudiantes e intelectuales pro-chinos (el V Congreso de 1965 se realiza, según Hermet, en el mayor silencio de forma a contener y ocultar las divisiones internas) para después atacarlos, usando los mismos insultos que Cunhal: agentes provocadores, aventureros, maniobreros, etc.

El frente popular no era una adaptación empírica a la realidad que ha antecedido la guerra, era una estrategia de los partidos comunistas estalinistas.

Pero si la política no era original, el cambio revolucionario ocurrido en Europa al final de los años 60 y primera mitad de la década de los 70 cuestionaba frontalmente y de forma masiva esa misma política. La escisión entre China y Unión Soviética en la década de los 60 acabó teniendo un enorme impacto en la contestación a las direcciones tradicionales de los partidos comunistas. Mayo de 1968 trajo a la luz del día lo que las direcciones de los partidos comunistas temían.

Álvaro Cunhal ya en el informe al Comité Central de 1963 había defendido que el principal peligro para el PCP era el izquierdismo. El dirigente comunista ha entendido el potencial impacto de la crisis sino-soviética:

«La lucha contra el oportunismo de derechas, contra el revisionismo, debe proseguir. Pero el “peligro principal”, peligro tan grande que ya hoy mina la unidad del campo socialista y la unidad del movimiento comunista internacional, es el dogmatismo, el izquierdismo, cuyo centro de irradiación es la dirección del PC de China»¹³.

Al final de ese año, en diciembre de 1963, Francisco Martins Rodrigues abandona el Partido Comunista y funda la FAP (Frente de Acción Popular), que debería organizar el alzamiento popular, y el CMLP (Comité Marxista-Leninista Portugués), embrión de un Partido Comunista. El primer periódico de la FAP, *Acción Popular*, afirma en el editorial que su programa es preparar la insurrección popular; anular las maniobras de la burguesía para salvar el capitalismo; instaurar un poder democrático. El programa se asumía, aunque de forma inconsistente – y sin poner en causa la naturaleza democrática de la etapa revolucionaria en Portugal – como una alternativa a la política frentista defendida por el PCP: «*Acción Popular* no será pues una tribuna de todos los anti-fascistas sino un órgano revolucionario dirigido a los trabajadores; (...) no buscaremos crear una “unidad” basada en la fusión de los intereses de todas las clases que luchan contra la dictadura; (...) no ocultaremos nuestros objetivos revolucionarios; (...) no exaltaremos el bien supremo de la “coexistencia pacífica” a escala internacional»¹⁴.

Rumo à Vitória, el informe presentado al VI Congreso en 1965, es una ofensiva contra la escisión maoísta – que se presentaba por la izquierda con una retórica clasista – y un grito de guerra contra todas las presiones por la izquierda que podrían presionar la base del PCP, la más aguerrida y combativa que, por lo menos desde la derrota de la huelga general de 1934, se había formado en Portugal. Era una escisión con enlaces internacionales sólidos.

La expectativa de 1965 vino a confirmarse en 1968: los maoístas van a crecer y disputar al PCP influencia en los medios estudiantiles, intelectuales y, durante la revolución, también en algunas fábricas y empresas (CIT, TAP, entre otras). En la primera mitad de la década de 70 surgen más de una docena de grupos maoístas en Portugal, dispuestos a disputar la dirección de la clase trabajadora, los estudiantes y los intelectuales al PCP. Surgen también dos grupos trotskistas.

¹³ «A Situação no Movimento Comunista Internacional», Informe de Álvaro Cunhal na reunião do Comité Central do Partido Comunista Português, Edições Avante!, Agosto de 1963.

¹⁴ «O Nosso Programa», *Acção Popular*, órgão da FAP, n.º 1, p.1.

La caída del dominó: de la lucha anti colonial africana a los Pactos de Moncloa en España (1974-1978)

El historiador Valério Arcary defiende que el mayo de 68 abrió una ola revolucionaria: «por primera vez después de la guerra, situaciones pre-revolucionarias o directamente revolucionarias han golpeado algunos países del centro del sistema mundial, aunque fueran metrópolis decadentes, semiperiféricas, como Portugal, España y Grecia» (Arcary, 2004: 146,147).

La ola abierta en 1968 golpeó Portugal –vía guerra colonial– España y Grecia; Vietnam, Camboya y Laos en 1975; Chile en 1973; y en los países centrales ha implicado la caída de De Gaulle y Nixon; el Programa Común en Francia; la votación superior a 30% en el PCI, y la huelga de los mineros que hizo que Inglaterra viviera, en las palabras del historiador italiano Giuseppe Mammarella, los «años más difíciles». (Mammarella, 1996: 321). También Loren Goldner considera que el 68 abrió una «nueva era de revolución global», marcada por el mayo de 68, el «Otoño caliente» de 1969 en Italia, la revolución portuguesa y la «erupción de clases en España, más dispersa pero más radical» (Goldner, 2000:14).

En su estudio, Arcary afirma la importancia del ejemplo en la evolución de las crisis revolucionarias:

«la ola que se abre en Europa con el mayo francés, con el levante de la generación obrera y estudiantil del *babyboom* del posguerra, difícilmente podría ser asociada a las secuelas de una grave crisis económica (...) Existe, así, por lo menos otra causalidad (de las situaciones revolucionarias) a ser considerada. El factor ejemplo pasó a ocupar un nuevo lugar de emulación y impulso histórico. Durante siglos, la lentitud y los obstáculos a la circulación de ideas e informaciones ha sido poco menor que las dificultades, casi insuperables, para la circulación de personas y mercancías. La importancia del factor ejemplo, la demostración de que es posible intentar lo que otros ya hicieron, es inmensa. Ella establece las condiciones para el llamado “efecto dominó”: la fuerza del impulso de la victoria, o la desmoralización inapelable de la derrota». (Arcary, 2004: 148,149).

Los Estados Unidos de América dan pruebas de haber entendido la importancia de este “efecto dominó”: «Este país [EUA] alegre y lleno de confianza empezó a preocuparse con el avance de los peones comunistas en el enorme tablero de ajedrez en que se ha convertido el Mundo. La cuestión de Portugal y de su virada normal a la extrema-izquierda procomunista comienza a tomar forma, temiendo que la teoría del dominó sea cierta y que el Mediterráneo se convierta en un autentico mar rojo»¹⁵. Así sintetizaba en marzo de 1975 un corresponsal en Nueva York del periódico *La Vanguardia* la posición de EEUU frente al eventual contagio revolucionario de la revolución portuguesa a la vecina España.

EEUU acababan de salir de una derrota humillante en Vietnam. Si la revolución portuguesa llegara a España, aún con los esfuerzos de los partidos comunistas español, italiano y francés para luchar por la vía democrática en Europa Occidental, tendría consecuencias imprevisibles en la hegemonía del bloque occidental y en la OTAN. El Presidente Gerald Ford expresa el sentimiento americano ante los acontecimientos en el Sur de Europa: «Si un miembro de la Alianza Atlántica se convierte en comunista, (...) eso destruiría la Alianza Atlántica. No podemos dar un mal ejemplo en Portugal¹⁶».

En otro registro, podemos leer en el *Pueblo* que «Europa Occidental tuvo miedo ante la brillante y hábil campaña comunista en Lisboa que amenaza convertir un país adormecido y reaccionario en otro políticamente hostil a Occidente, con graves repercusiones en los miembros más débiles del mismo, como Gran-Bretaña e Italia¹⁷». Víctor Marchetti, ex-agente de la CIA, en

¹⁵ *La Vanguardia*, 23 de Marzo de 1975

¹⁶ In SIMAS, Nuno, *Diário de Notícias*, 27 de Abril de 2004 (artigo redactado con base en la desclasificación de documentos internos norte-americanos en 2004).

¹⁷ *Pueblo*, 22/3/1975, Arquivo Histórico-Diplomático, PEA 16/75 - 311- Informações sobre Portugal na imprensa espanhola.

una entrevista a *Pueblo*, cuando le preguntan cuáles son las actividades de la CIA en Portugal, responde que: «La única cosa que puedo deciros sobre la situación actual es que la CIA está preocupada con Portugal. La CIA no quiere que se repita otro Portugal¹⁸».

La lucha de clases en Europa en la década de 70 hizo que la historia diera un paso de gigante: en días, en el caso de Portugal, meses, en el de España, hay alteraciones sociales, políticas y culturales que no se dieron durante décadas. Los partidos políticos tienen que responder a estos cambios y lo hacen de acuerdo con la situación específica del país y del momento. Pero no se puede concluir de aquí que hubiera estrategias distintas.

Álvaro Cunhal es dirigente del Partido Comunista en el medio de una crisis revolucionaria. Habla de socialismo en sus discursos. Carrillo evita la palabra, casi siempre, y cuando habla, acrecienta siempre «socialismo de nuestro tiempo». Álvaro Cunhal tenía que hablar de socialismo porque era dirigente del PCP en un país donde todos hablaban de socialismo, incluso, en algunos momentos, la democracia cristiana. Además, esta característica ha marcado hasta hoy las siglas de los partidos políticos portugueses: en Portugal, hoy todavía, el partido social-demócrata se llama socialista y un partido liberal-conservador se llama social-demócrata – un elemento único en el mapa partidario europeo. El mismo Cunhal –suprema ironía– identifica este carácter excepcional de la retórica de los partidos en la revolución portuguesa: «esta definición, ‘rumbo al socialismo’, que el PCP ha utilizado con convicción, era repetida por el PS, por el mismo PPD, cuya actuación contra-revolucionaria ha ido siempre avanzando ‘rumbo al capitalismo’» (Cunhal, 1999:67).

La relación entre Santiago Carrillo y Cunhal parece no ser, sobretodo a partir del Verano Caliente –porque hasta entonces Cunhal es alabado en las páginas de *Mundo Obrero*– la mejor. La señal que Carrillo tiene para dar a España es, como repite siempre, la de la alianza con las «derechas civilizadas» y las críticas públicas a Cunhal son una señal a las derechas españolas y al PSOE de su ruptura con Moscú. Sin embargo, querer ver en estas diferencias a un PCE democrático y un PCP revolucionario es ignorar el ritmo de la lucha de clases en aquellos países. Además, no se explicaría así por qué Carrillo llama sistemáticamente en las páginas de *Mundo Obrero* a la huelga general y Cunhal no lo hace; al revés, intenta contener la mayoría de las huelgas. Sólo podemos entenderlo teniendo en cuenta que Cunhal estaba en el gobierno y Carrillo pertenecía a un partido ilegal –razones suficientes para que uno contenga las huelgas y el otro las llame.

La pregunta se mantiene: ¿podemos deducir de estas diferencias estrategias distintas? La respuesta es no. Cunhal y Carrillo, PCP y PCE son dos partidos que se comprometen con la construcción de la democracia como valor estratégico: no es táctico, ni una etapa; es el objetivo programático de dos partidos fieles al orden de Yalta y con un largo e inequívoco compromiso político que tiene su eje en la colaboración de clases.

El difícil parto de la democracia en Europa del Sur

Treinta y cinco años después algunas reflexiones son inevitables.

La primera que se impone pertenece al campo de la análisis histórico. De la comprensión de la realidad. Urge hacer «retornar» las masas y la historia a un campo dominado por las élites y por la política. Gregorio Morán termina su extraordinario libro sobre la transición española, *El Precio de la Transición* (1991), con una broma – 25 *Propuestas para un Manual de las Transiciones Políticas*. Entre estas 25 están negar el pasado; el uso de un lenguaje ambiguo; citar abundantemente Popper; privilegiar lo decorativo y lo inconsecuente; extirpar del cuerpo de la transición el órgano de la memoria; asumir que el tiempo todo cura; centrar la transición en el menor número de actores posible; y aun abandonar el análisis clasista de la realidad: las garantías de éxito de una transición nunca han de ser referidas en términos de clases sociales, se debe hablar de sociedad. En este sentido, dice Morán, es «paradigmática la frase ‘La sociedad española sentía como un corsé la falta de libertades y exigía de sus dirigentes una vida económica, social y cultural acorde con su entorno

¹⁸ *Pueblo*, 21/2/1975, Archivo Histórico-Diplomático, PEA 16/75 - 311- Informações sobre Portugal na imprensa espanhola.

européo». (Morán, 1991:244). Sin el análisis de la lucha de clases, jamás se podrá entender lo que pasó en el final de las dictaduras ibéricas en la década de los 70.

La otra reflexión que se impone pertenece al campo de la transformación. ¿Que pasó entre 1974 y 1978 y de que manera ha condicionado la vida de la clase trabajadora portuguesa y española desde el fin de las dictaduras?

No ha sido fácil garantizar la democratización de la Península Ibérica. Aquello que hoy parece inevitable a los ojos de muchos politólogos y historiadores –la construcción de democracias occidentales que tienen como centro la economía de mercado– no era seguro en 1975. Hay una imprevisibilidad característica del momento en que miles de personas, hasta entonces alejadas de la vida política, irrumpen en el proceso histórico –caracterización sin la cual no podemos entender lo que pasó en la Península Ibérica entre 1974 y 1978 y que fue largamente controlado por la actuación coherente de los partidos comunistas ibéricos en la construcción estratégica de la democracia. Participando directamente en los lugares de poder del Estado y negociando con los otros partidos el cuadro institucional y el modelo económico del país.

Bibliografía

- SANTOS, Maria de Lurdes, LIMA, Marinus Pires de, FERREIRA, Vítor Matias. *O 25 de Abril e as Lutas Sociais nas Empresas*. Porto: Afrontamento, 1976, 3 volumes.
- ARCARY, Valério. *As Esquinas Perigosas da História*. São Paulo: Xamã, 2004.
- BERLINGUER, Enrico. *Do Compromisso Histórico ao Eurocomunismo*. Lisboa: Antídoto, 1977.
- BOSCO, Anna. *Comunisti. Trasformazioni di Partito in Italia, Spagna e Portogallo*. Bologna: Il Mulino, 2000.
- CAMPI, Jesús Mestre (dir.). *Atlas de la Transición*. Barcelona: Ediciones Península, 1997.
- CARRILLO, Santiago. *O “Eurocomunismo” e o Estado*. Lisboa: Presença, 1977.
- CERVELLÓ, Sanchez. *A Revolução Portuguesa e a sua Influência na Transição Espanhola*. Lisboa: Assírio e Alvim, 1993.
- CUNHA, Carlos A. *The Portuguese Communist Party’s Strategy for Power 1921-1986*. Garland Publishing, Inc. New York & London, 1992.
- CUNHAL, Álvaro. *A Verdade e a Mentira na Revolução de Abril (A Contra-revolução Confessa-se)*. Lisboa: Avante, 1999.
- CUNHAL, Álvaro. *Rumo à Vitória*. Lisboa: Avante, 2001.
- CUNHAL, Álvaro. *Do 25 de Novembro às Eleições para a Assembleia da República*. Lisboa: Avante, 1976.
- GASPAR, Carlos, e RATO, Vasco. *Rumo à Memória. Crónicas da Crise Comunista*. Lisboa: Quetzal Editores, 1992.
- GOLDNER, Loren. *Ubu Saved from Drowning: Class Struggle and Statist Containment in Portugal and Spain, 1974-1977*. Cambridge MA: Queequeg Publications, 2000.
- HERMET, Guy. *Los comunistas en España*. Paris: Ruedo Ibérico, 1971.

- LINZ, Juan, STEPAN; Alfred. *Problems of Democratic Transition and Consolidation: Southern Europe, South America, and Post-Communist Europe*. Baltimore: Johns Hopkins Univ. Press, 1996.
- LIPSET, Samuel Martin. «Some Social Requisites of Democracy: Economic Development and Political Legitimacy». *Am. Polit. Sci. Rev.*, 53: 69-105, 1959.
- LOUÇÃ, Francisco, «A “Vertigem Insurreccional”: Teoria e Política do PCP na Viragem de Agosto de 1975». *Revista Crítica de Ciências Sociais*, Coimbra, n.º 15/16/17, Maio 1985, pp.149-162.
- MAMMARELLA, Giuseppe. *Historia de Europa Contemporânea desde 1945 hasta hoy*. Barcelona: Ariel, 1996.
- MANDEL, Ernest. *Critique de L' Eurocommunisme*. Paris: Maspero, 1978.
- MAXWELL, Kenneth. *A Construção da Democracia em Portugal*. Lisboa: Editorial Presença, 1999.
- MORÁN, Gregório. *El Precio de la Transición*. Barcelona: Planeta, 1991.
- MORENO, Nahuel. *Os Governos de Frente Popular na História*. São Paulo: Sundermann, 2003.
- MUÑOZ, Rafael Durán. *Contención y Transgresión*. Madrid: CEPC, 2000.
- PRESTON, Paul. *The Triumph of Democracy in Spain*. London: Routledge, 1996.
- RODRIGUES, Francisco Martins. Álvaro Cunhal, O Democrata. Lisboa: *Cadernos Política Operária*, Setembro 2007.
- RODRIGUES, Francisco Martins. *Anti Dimitrov*. Lisboa: Edición autor, 1985.
- SAMPERE, Xavier Doménech. «El Cambio Político (1962-1976). Materiales para una perspectiva desde abajo». En *Historia del Presente. La sociedad Española durante el Segundo Franquismo*. Asociación Historiadores del Presente: UNED – Centro Asociado de Melilla, n.º 1, 2002, pp. 46.
- SAN ROMÁN, Manuel Redero. «La Transición Española». *Cuadernos del Mundo Actual. Historia 16*, n.º 72.
- SANTOS, Boaventura de Sousa. «A Crise e a Reconstituição do Estado em Portugal (1974-1984)». *Revista Crítica de Ciências Sociais*. Coimbra: n.º 14, Noviembre 1984, pp. 7-29.
- SENA Júnior, Carlos Zacarias. «Frente Única, Frente Popular e Frente Nacional». En *Anais do V Colóquio Marx e Engels*, Campinas, 2007.
- SILVA, Paulo Santos, SENA JR., Carlos Zacarias F. de (Org.). *O Estado Novo: as múltiplas faces de uma experiência autoritária*. Salvador, Eduneb, no prelo.
- TROTSKY, Léon. *História da Revolução Russa*. Lisboa: Versus, Tomo I, 1988.